

LA MOALLAKAT DE IMRU-ULKAIS (UN POETA Y UN POEMA DEL SIGLO VI)

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

Escudriñando papeles y documentos antiquísimos, en medio de la selva de libros raros y curiosos que por desgracia está sin explotar, me encontré con varios estudios de siglos lejanos sobre la primitiva poesía árabe que corresponde a la época anteislámica, es decir, del siglo VI hasta el comienzo de la Hégira, en 1662, cuando Mahoma se fugó de la Meca, perseguido por la predicación de su nueva doctrina. Para cerciorarme del interés que pudieran haber tenido los historiadores de esa literatura con relación a España de la Reconquista, repasé los textos conocidos de esa materia y encontré en las extensas obras de esta clase, que todas hablan de esos tiempos preislámicos con algún detenimiento, y citan las famosas casidas características de la poesía árabe y persa; y hablan también aunque escasamente de las anteriores formas estéticas y métricas, llamadas por los historiadores *moallacas* cuyo verdadero nombre o por lo menos la forma de escritura es *moallakat*.

Hurtado y Palencia en su *Historia de la Literatura Española* dice al respecto: "Hacia el siglo VI avanzaron algo (los árabes) con las famosas *moallacas*, que ya no constan de unos pocos versos, sino que son más extensas, en un ritmo más artificioso y tendiendo a formar un conjunto aunque sin llegar a la perfecta unidad" (1). En la nota correspondiente a este dato agrega: "Moallacas, colección de siete poemas, que vale tanto como collares. Los autores de estas poesías son Amrulkais, Tarafa., Zohair, Labid, Omar ben Koltom, Antara y Alharits ben Hillisa". Esta literatura antiquísima influyó posteriormente en la estructura rítmica de las casidas, de los zéjeles y las moaxas, pero desde esa época conservan una parte esencial a todas ellas, es decir, el *nasib* o sea la introducción amorosa.

La primitiva poesía árabe es monótona porque se refiere siempre a los mismos temas con iguales escenarios del desierto, de las acciones de los beduinos dentro de los múltiples aspectos de la vida nómada, en tanto que las otras literaturas tuvieron comienzo en los imperios en formación o desarrollo, o en comarcas de acentuada civilización. Fundamento principal de los temas del preislamismo es la *razzia* o el pillaje, las caravanas eternas de camellos y posteriormente de caballos. Las características idiomáticas de la lengua árabe, sobre todo en su primitivo desarrollo es la concisión extremada, pero de una extraordinaria riqueza de significados.

A este propósito Prampolini, en su *Historia Universal de la Literatura*, en nota sobre el particular dice: "Alguien, reduciendo a cifras, ha calculado que un texto árabe contiene solamente el 75% de su significado, y lo demás debe agregarlo la experiencia del lector" (2). El poeta árabe (saír), es según su significado "el que conoce"; se ocupaba además de cantar el desfile de las recuas en los viajes por el desierto, y cuando llegaban a una fuente con palmeras, se extasiaba el lirismo como una inspiración que salía del fondo del espíritu lleno de alegría ya que se calmaba la sed material y las almas apesadumbradas por el peligro y la distancia. La forma métrica era el sencillo ragaz monorrítmico, sin complicaciones métricas, en forma de pareados que rimaban entre sí, como lo hicieron posteriormente los poetas de los mesteres de clerecía de los comienzos medievales españoles.

Esos cantos antiguos no se escribían sino que se confiaban a la memoria que, como es natural, al pasar a otras bocas se iban deformando, pero conservaban la esencia por lo menos de su origen. En el segundo siglo de la Hégira, un recopilador, de memoria verdaderamente feliz, un tal Hamad recogió las siete moalla-kats, en su diwan o colección poética. Los siete, según el Conde Federico Schacs (3) son: Imru Ul-Kais, Tataf Zohair, Labid, Omar ibn Kalthum, Nabiga y Al-Ahcha, y en todos estos poemas se ve una notable uniformidad como el desierto que les sirve de escenario. El primer poeta de estas regiones inhóspites es Imru-Ulkais cuya historia he encontrado contada por el referido conde alemán y por Dozy en las "Recherches sur l'Histoire de la littérature arabe en Espagne" (4) y sobre todo en *Asín y Palacios* en sus opúsculos sobre la primitiva literatura árabe y su influencia en España".

Imru-Ulkais aparece ya como poeta en el año de 530 de nuestra era, es decir, un siglo antes de la Hégira mahometana. Descendía de los reyes de Quinda. Uno de sus antepasados se puso al frente del movimiento que libertó su patria del yugo de los lagmidas. Otro amplió sus dominios hasta la conquista de Hira, y él a su muerte dividió el reino entre sus cuatro hijos, uno de ellos llamado Huchr ben Háret, padre del poeta Imru-Ulkais (Imrulkais) y le entregó a aquel las enormes tribus de Bani Asad y Ghatafán. Este poeta fue desterrado de la casa paterna por disoluto y se le condenó a guardar el ganado en lejanos pastoreos. Cuando ben Háret fundó el reino de Negad en 530 fue víctima de atentados que terminaron en su asesinato. Por ello el hijo removió toda la Arabia tanto Feliz como la desértica para vengar el crimen, y tuvo que recurrir por fin a Constantinopla en busca de protección. Justiniano lo nombró gobernador de Palestina, pero parece que sedujo a la hija del emperador y se le ajustició en Ancira.

Con respecto a la palabra recogida por Hamad el Raguía en las siete moalacas, dice González Palencia en su *Historia de la Literatura Árabe-Española*, que significa "colgadas", porque dizque esas poesías las colocaban a un lado de la Caba. Por otra parte el gramático Abuzeid Mohámed las divide en moalacas y en modahabas (doradas), y agrega que al confundir esas leyendas se escribían las poesías sobre telas riquísimas en letras de oro para colocarlas en el sitio anteriormente nombrado. Pero tanto *Asín*, como el conde Schack y Dozy niegan esta especie porque recuerdan que

el Alkorán, el libro sagrado por excelencia del Islamismo, en tiempo posterior en más de cien años, apenas estaba escrito en retazos de pergamino con tinta común y no era posible que simples versos intrascendentes hubiesen tenido semejante preeminencia. Lo que pasa es que la palabra moallaca (moallakat) significa mejor collar o sea un encadenamiento de poesías en este caso. Era, pues, un verdadero *asamut* o serie de collares poéticos de los siete autores que posteriormente llegaron a diez.

Prampolini cita una pequeña estrofa del Moallakat de Imru-Ulkais y dice como introducción: "He aquí un trozo del mismo Imru-ulkais de tomo elegíaco: el poeta cabalgando en el desierto, pasa por un lugar donde vivió su amada: "Detenéos! Y aquí lloremos mientras la memoria trata de imaginar la morada orlada de arena, de la bella desde hace tiempo perdida. Aunque el vendaval haya barrido la llanura arenosa, siempre en el lugar queda alguna leve huella. Mis compañeros frenaron sus corceles y: —No te desanimes, ni caigas en aflixión, me gritaron.— Lágrimas fueron mi única respuesta. Pero de qué sirven las lágrimas esparcidas en la arena, los suspiros esparcidos al viento...?"

Lo anterior es un resumen mal hecho del verdadero poema que tuve la suerte de encontrarme perdido entre tanto documento precioso que demuestra la riqueza de nuestras bibliotecas (5).

I

Detengámonos, amigos míos y acompañadme a llorar el recuerdo de un amor y de una morada que otrora estaba al final de estas arenas en Dajul.

II

...Tahudit y Mikrat. Los rastros de esa morada no han sido realmente borrados aún por la urdimbre de los vientos del sur y del norte.

III

En la mañana del adiós manaban mis lágrimas como si hubiesen abierto con mis manos un [...] quitida de las que había en los arbustos espinosos.

IV

Tal fue mi angustia que mis compañeros se condolieron de mí y tendiendo sus monturas me dijeron: —No te dejes abatir por el dolor y calma tu espíritu.

V

Las lágrimas vertidas quizás me trajesen un alivio... Pero qué consuelo pueden depararme esas huellas casi esfumadas?

VI

...Como me aconteció con Umm-ul Huáirith y su compañero Ribat en Másil...

VII

Cuando ellas venían, cómo embalsamaban el ambiente de un aroma de almizcle y parecía que la suave brisa del Este traía fragancias de claveles.

VIII

El día que no la vi más, también desbordaron de mis ojos lágrimas de ardiente afecto, tantas que rodaron sobre mi pecho y humedecieron mi tahalí.

IX

Pero díjeme: —No pasaste con ellas tantos días felices? Recuerdas aquella magnífica jornada en Drat-Yúlyul?

X

Aquel día en que sacrificué para las bellas jóvenes mi camella que tan maravillosamente se deslizaba con su carga.

XI

Las doncellas se distribuían la carne, cuya gordura semejaba franjas de blanca y retorcida seda.

XII

Circulaba nuestra fuente con la sabrosa grasa de su giba y comimos, perfumada en vino, la pulpa fresca y pura.

XIII

Así tengo también vivo en mi recuerdo el día en que penetré en la litera de Onaiza, quien exclamó espantada: —Maldito de ti que me obligas ir a pie!

XIV

Y mientras la silla se inclinaba con nosortos dos, me decía: —Qué! Sacrificarás mi camello, mrulkais?

XV

Respondíle: —Suéltale las bridas y marcha. No me alejes de la fruta perfumada y apetecible de tu ser...

XVI

Deja al animal que es joven y no lo compadezcas por el peso de ambos, y dame a probar el encanto clavelino de tu boca...

XVII

...de dientes como la camomilla en flor, límpidos, blancos y bellos en hilera perfecta.

XVIII

Un día, sobre la colina de arena, me rechazó y pronunció un juramento inolvidable...

XIX

Despacio, Fátima! —dijele—. Juega menos con tu coqueteo, y si has concebido el propósito de alejarme, condúcete con dulzura!

XX

Halagado has tu vanidad. Tu amor puede arrastrarme hasta la muerte; mi corazón sigue siempre tus caprichos.

XXI

...y que lo hayas partido en dos: la mitad yace muerta y la otra encadenada.

XXII

Si algo en mí no te place, —dijele— desliga con suavidad tu alma de la mía.

XXIII

Tus ojos solo han llorado para clavar los dardos en tus miradas en los despojos de un corazón que has hecho sucumbir.

XXIV

Había una vez una bella que estaba siempre celosamente enclaustrada. Mas yo, de sus favores disfruté tranquilamente. Lo recuerdas?

XXV

Para ello tuve que afrontar terribles peligros y atravesar por entre muchos guardianes ávidos de ultimarme secretamente.

XXVI

Cuando las Pléyades se mostraron en el cielo, como la pedrería entre las orlas de perlas intercaladas en el cinturón guarnecido que llaman Vischá.

XXVII

...vine y la hallé detrás del dosel de su tienda. Se había despojado de sus ropas y solo vestía la ligera túnica de dormir...

XXVIII

“Por Dios! —exclamó—. Es que, por ventura, eres un hombre falto de discreción? No veré moderarse alguna vez tu loco ardor?”

XXIX

Salió luego, sigilosamente, con ella. Mi amada, dejaba deslizar con elegancia, detrás nuestro la cola de su manto como borrando las huellas de ambos.

XXX

Cuando atravesamos el campamento de la tribu y nos encaminamos hacia un lugar apacible ubicado en una vasta depresión del terreno, bordeada por compactos recodos de arena...

Como se ha visto, los grandes tratadistas de la literatura apenas dan en sus obras ligeras muestras deformadas de las moalacas del famoso poeta Imru-Ulkais y nada dicen de los otros porque no han encontrado ni siquiera sus huellas y apenas nos señalan una ligera estrofa de Omar bel Konton describiendo el encuentro con su amiga y la separación: “Al llegar ella se siente como cuando uno ve las ciudades del Yemen aparecer a lo lejos en el desierto, brillando al sol cual sables desenvainados. Cuando ella se marcha, el dolor es como el que manifiesta la camella que ha perdido su cría” (6). Sin embargo yo he estado algo afortunado porque encontré muestras de los otros poetas de la Moalakat que será preciso comentar en otra ocasión. Después, en plena Hégira se desarrolla espléndidamente la poesía árabe con los famosos zéjeles y mohaxajas. Más tarde en plena dominación árabe en España, la influencia de esta poesía se hace más notoria, como lo dice el conde Schack, porque los poetas abandonan sistemáticamente el lenguaje sintético de antaño y recogen la contaminación verbal con la pompa de su verbo y la maravilla de su imaginación creadora, sin que por esto dejen los árabes de dar a sus palabras toda la inmensa gama de interpretación característica de su idioma, lo que pone a su poesía otro encanto de indescifrable contenido lírico que es necesario estudiar intensamente. Y así surgió en el siglo X el famoso ciego Bocádem Benmoafa, el de Cabra que hizo renacer la moahaxaja aunque en forma descuidada, pero que posteriormente perfeccionó el poeta Mohamed Avenzoar, el famoso médico que compuso este epitafio para su tumba: (7).

*Párate y considera
esta mansión postrera,
donde todos vendrán a reposar.
Mi rostro cubre el polvo que he pisado.
A muchos de la muerte he libertado
pero yo no me pude libertar.*

Y por último, habría de citarse también la aparición años después, de Abulbeca (m. en 1199) autor de la elegía que predica la caída del

Islán en España, después de la conquista de Córdoba y Sevilla por el rey San Fernando, padre de Alfonso el sabio, y que por haberla traducido el señor Valera en el mismo metro de las "Coplas" de Jorge Manrique, algunos ingenuos creyeron que éste había plagiado a aquél.

A título de curiosidad transcribo una copla del citado Abulbeca, según la traducción del autor de "Pepita Jiménez":

*Con sus cortes tan lucidas
del Yemen los claros reyes,
dónde están?
En dónde los sasanidas
que dieron tan sabias leyes
al Irán?...*

Cualquiera puede encontrar en la anterior, notable parecido a la siguiente de Manrique:

*Qué se fizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
Qué se hicieron?
Qué fue de tanto galán,
Qué fue de tanta invención
como truxeron?...*

Pero en realidad se trata únicamente de la habilidad del ingenio español de adaptar en su traducción el metro y la estrofa de don Jorge; y por lo demás, es lógico que el poeta árabe en igualdad de circunstancias dijera más o menos los mismos pensamientos de tristeza y de verdadero sentido "elegíaco", porque el dolor es parecido, y las palabras brotan en idéntica forma de sentimiento, porque pertenece al lenguaje universal.

En la "Elegía" maravillosa de Inru-Ulkais encontramos otro dolor, pero que tiene la misma fuente misteriosa y eterna que todos llevamos escondida en el propio corazón.

NOTAS:

(1) Hurtado, de la Serna, González Palencia. H. de la Literatura española. Quinta edición. Madrid. 1943. P. 37.

(2) H. Universal de la Literatura. Vol. I. Giacomo Prampolini. Uthea. B. Aires. 1940. P. 493.

(3) Poesía y Arte de los árabes en España y Sicilia. Sevilla, 1881. Conde A. F. de Schack. P. 34.

(4) Recherches sur L'histoire de la litterature arabe en Espagne. Leyden. 1881. P. 26.

(5) Biblioteca arábico-hispánica (10 tomos). V. I. p. 68. Codera y Ribera.

(6) H. Lit. Univ. Prampolini. Op. cit. P. 506.

(7) Hurtado y Palencia. Op. cit. P. 40-41. Trad. de D. Juan Valera.